

XXIV

CRIMEA

Hacía ya algunos meses que conquistar la Crimea era la idea fija del mariscal de Saint-Arnaud. El 27 de abril de 1853 había escrito desde Marsella: «Crimea es una joya, sueño con ella, y espero que la prudencia no me impedirá arrebatársela á los rusos.» Llegado á Oriente, pudo ver que la cosa no era tan fácil. «Crimea era mi objetivo favorito, escribía el 3 de junio; pero he visto los embarcos y desembarcos, y me digo que para invadir la Crimea se necesitan largos preparativos, una campaña entera, y tal vez cien mil hombres.» Sin embargo, por aventurado que fuese, el proyecto había llegado á ser la ambición dominante de Inglaterra. Ante la idea de poder destruir Sebastopol y la marina rusa del mar Negro, los negociantes de la Cité y los accionistas de la Compañía de las Indias rebosaban de júbilo; y en el *Times* del 15 de junio se leía: «La toma de Sebastopol y la ocupación de Crimea: he aquí lo que debe indemnizar todos los gastos de la guerra actual.» Y el príncipe Alberto escribía en 29 de junio al duque de Newcastle, ministro de la Guerra: «La política de Inglaterra no debe reducirse á enviar tropas al suelo pantanoso del Danubio y á las tierras exhaustas de Valaquia: su objeto debe ser la destrucción de Sebastopol, ese punto que realmente domina el mar Negro.»

Desde el mes de agosto circulaba en el ejército de Oriente el rumor de un desembarco en Crimea. Este proyecto distaba mucho de merecer la aprobación de todos los generales, y en prueba de ello citaremos dos extractos de las cartas del general Bosquet, fechadas en Yeni-Keni.

«18 agosto 1854. Parece que se trata de tomar la Crimea: con esto arreglaremos los negocios de Inglaterra, pero no los nuestros. Hacemos bien el papel de D. Quijote, pagando con nuestra sangre y nuestro dinero resultados útiles para los demás, no para nosotros.»

»24 agosto. Vamos á embarcarnos para Crimea, operación muy grave, que lo hubiera sido menos, á la vez que más segura, á fines de junio. Se intenta hoy como por desesperación y como cosa más personal á los ingleses que á nosotros. Me parece que es el guante arrojado para siempre á Rusia. Si se triunfa, será un hecho de armas asombroso; de lo contrario, resultará una gran vergüenza. ¿Quién tendrá ideas? ¿Quién dirá en el momento grave lo que se

debe hacer? ¡Curiosa época, singular ejército! ¡Ingleses, turcos y franceses sin general en jefe! Eso es ir á la ventura.»

Otros muchos oficiales participaban de las apreciaciones del valeroso guerrero, considerando como empresa más que temeraria el desembarco en una tierra que no se conocía sino por los cuentos. Temían las dificultades del desembarco, las tempestades del equinoccio en las aguas peligrosas del mar Negro, y pensaban en la suerte de la armada de Felipe II.

El 25 de agosto una orden del cuartel general anunció oficialmente la próxima marcha á Crimea, y ya no hubo más críticas que hacer; cada cual pensó tan sólo en conducirse con valor.

El mismo día el mariscal escribió á su esposa: «Te prometo activar las cosas tan vigorosamente en Crimea, que muy pronto habremos concluído. No quiero que esto dure más de un mes; mucho trabajo nos costará desembrollarnos en los primeros días; pero ya saldremos del paso.... Hoy es tu santo, Luisa mía, y no estoy á tu lado para felicitarte, lo cual me causa profunda pena. Ayer te envié por la *Monette* un pequeño recuerdo, que recibirás hoy. Tal vez has creído que se me olvidaría tu santo, y seguramente hubiera sido casi perdonable en medio de tantos asuntos; pero no, recibirás un ramo de flores de toda especie, odoríferas y no mezcladas con sinsabores, pues los guardo para mí.»

El alma heroica del mariscal se exaltaba al aproximarse el peligro. «Cuando leas esta carta escribía á su hermano en 28 de agosto, ya estaré en el mar. La escuadra más formidable que se ha visto de mucho tiempo á esta parte, si es que ha habido otra semejante, navegará hacia Crimea para lanzar á las barbas de los rusos sesenta mil hombres y ciento treinta cañones. Aventajamos al mismo Agamenón, y nuestro sitio no durará tanto tiempo como el de Troya.... Tan sólo pedimos un mar hospitalario durante quince días.... ¡Ah, hermano, cómo descansaré después de esto! He pasado la noche combinando asedios de Sebastopol y escribiendo proclamas para mis soldados.»

Otra carta del 31 de agosto: «No hemos venido desde tan lejos, ni soportado tantas travesías para zozobrar en el puerto. Si triunfo, no permaneceré aquí largo tiempo disfrutando de la victoria. Habré hecho más de lo que me corresponde, y dejaré lo demás para los otros, dando por terminada mi misión en este mundo. Viviremos para nosotros en el retiro y el descanso.»

Desgraciadamente, el estado de salud del mariscal empeoraba, y su vida llegó á ser un suplicio. ¡Cuánta tristeza, pero también cuánto heroísmo en sus últimas cartas de Varna dirigidas á su esposa, que seguía residiendo en Constantinopla!

«28 agosto. Sufro, pero ya sabes que sé sufrir. ¡Oh! El tiempo, es el sexto día de la luna y se mantiene bueno; lo será durante toda la luna. Es el cálculo que hacía mi venerable maestro, el duque de Isly, y creo en esto lo mismo que en todo lo que de él viene. Confío en que desde el cielo me inspirará ante el enemigo.»

»El príncipe Napoleón me dijo que deseaba embarcarte en el *Roland*. Si hubieras venido, yo habría sido más feliz; pero son felicidades muy breves, que se pagan demasiado caras. Más vale que no te vea, porque me habría enternecido mucho y esto me hubiera hecho daño.»

«30 agosto. El estado agudo toma el carácter de permanente. Confío en que el estruendo de los cañones, largo tiempo repetido, influirá en mis nervios y mi pecho. Es la probabilidad con que cuento, como el hombre que se ahoga cuenta con la rama del sauce; tal vez se rompa, pero de Dios depende todo.»

«2 septiembre. Querida Luisa: Me levanto en el más triste estado del mundo, noche atroz, debilidad, intenso padecer, golpe de viento en la rada, y en fin, todas las contrariedades imaginables, físicas y morales. A pesar de todo, me embarco á las dos.... ¡Habré apurado bastante el cáliz de la amargura! Hay momentos en que toda mi alma se subleva; la oración no influye ya en mí sino como una tempestad.... Te amo con todas las fuerzas de mi alma, y para esto encuentro en ella muchas.»

Las tropas van á embarcarse al fin; los franceses, en número de treinta mil, tienen cuatro divisiones, mandadas por los generales Canrobert, Bosquet, Forey y el príncipe Napoleón. A causa de la insuficiencia de los transportes, ha sido necesario dejar en tierra la división de caballería, grave contratiempo que tendrá enojosas consecuencias. No se ha embarcado más que un escuadrón de cazadores de África y algunos spahis destinados á escoltar al mariscal. Una división otomana, compuesta de siete mil hombres, se halla también á las órdenes de aquél. El general en jefe del ejército inglés, lord Raglan, lleva consigo cinco divisiones de infantería, una de caballería y nueve baterías de campaña, formando un total de veintiún mil hombres; de modo que el conjunto de las tropas se eleva á cincuenta y siete mil. Los buques debieron hacerse á la vela el 2 de septiembre; mas á causa de un retraso, ocasionado por los ingleses, la marcha no se efectuó hasta el 7.

El mariscal de Saint-Arnaud se halla á bordo del buque almirante *Villa de París*, al mando del vicealmirante Hamelín; el 6 una fiebre perniciosa ha venido á empeorar su enfermedad de la aorta y su angina de pecho, y durante la travesía escribe á su hermano: «A bordo del *Ville de París*, 11 septiembre de 1854. Desde el 6 no he dejado el lecho, lecho de dolor. Traía desde Varna el germen de una fiebre perniciosa de la peor especie y he sufrido los tres accesos críticos; pero el cuarto no se ha producido, lo cual es una fortuna, pues no hubiera podido resistirlo. Creo que ya estoy fuera del paso; pero ¡qué ataque, qué lucha, qué debilidad me deja! ¡Qué desorden en el principio vital! Agreguemos á todo esto mis preocupaciones, mis cuidados, la idea de que pueda quedar sin dirección ni jefe un ejército en la víspera de un desembarco, y yo morir por efecto de la fiebre delante del enemigo. ¡Por la protección divina he podido sobreponerme á todo esto; demos gracias á Dios, hermano!»

La travesía continúa majestuosamente: las escuadras y los convoyes ocupan

un espacio de más de siete leguas, contándose doscientas ochenta velas. El mariscal admira aquel imponente espectáculo, pero comprende que no mandará mucho tiempo. El 12 dicta esta carta, dirigida al ministro de la Guerra, mariscal Vaillant: «He tenido el pesar de reconocer en estos últimos tiempos, y sobre todo en esta travesía, durante la cual me he visto á punto de sucumbir, que se acercaba el momento en que mi valor no bastaría para sobrellevar la pesada carga de un mando que exige mucho vigor, el cual he perdido sin esperanza apenas de recobrarle. Confío, sin embargo, en que la Providencia me permitirá llevar á cabo la tarea que emprendí, y que podré conducir hasta Sebastopol el ejército con que voy á desembarcar en la costa de Crimea; mas no se me oculta que será un esfuerzo supremo, y os ruego que solicitéis del emperador mi reemplazo.»

Dos días después, el 14 de septiembre, á las dos de la madrugada, con un tiempo magnífico, un mar tranquilo y un cielo tachonado de estrellas, se da la señal de zarpar; y al fin se llega á esa tierra de Crimea, donde se derramará tanta sangre. El punto de desembarco está situado á cuatro leguas al Sud de Eupatoria, y á diez al Norte de Sebastopol. Es un lugar designado en las cartas geográficas con el nombre de Old Fort (Fuerte Antiguo), que aún se reconoce por algunos vestigios de vetustas murallas. El desembarco, que comenzó el 14, terminará para los franceses el 16, y para los ingleses el 18.

Al pisar el suelo de Crimea, esperado como una tierra prometida, el mariscal ha recobrado sus fuerzas de una manera sorprendente, tanto que el 14 permanece seis horas á caballo, visitando los vivacs. Desde Old Fort escribe el 16: «Querido hermano: El 14 de septiembre de 1812 el gran ejército entraba en Moscou; el 14 de septiembre de 1854 el ejército francés desembarcaba en Crimea, pisando el suelo de Rusia. Los rusos no han venido á oponerse á nuestro desembarco, que se ha efectuado con una rapidez y un orden admirables.»

Sus cartas á la mariscala rebotan de entusiasmo.

«Old Fort (Crimea), 16 septiembre. Jamás se ha visto tan hermoso espectáculo á los gritos de ¡Viva el emperador!.. He recorrido toda la línea á caballo... Las tropas están magníficas, llenas de ardimiento...: batiremos á los rusos. Te envío con un beso una florecilla que he cogido junto á mi tienda.»

«Old Fort, 17 septiembre. — Cuanto más avanza el tiempo, amada mía, más me aproxima á ti, y esto es lo que redobla mi valor. Tan sólo pienso en el instante en que estaremos en casa bien tranquilos. En la primavera iremos á viajar por Italia, volviendo por Suiza y Alemania, modestamente, como simples menestrales y sin que nos acompañen más que dos criados. Pero no hagamos castillos en el aire, porque esto trae mala suerte.»

En aquel instante el mariscal desecha todo presentimiento sombrío y escribe á su hermano:

«Old Fort, 17 septiembre. De hoy en ocho días espero que se dirá una misa solemne de acción de gracias ante los muros de Sebastopol, mientras que los cañones truenan. Esta mañana se reza una misa en mi gran tienda.»

El ejército está poseído de ardimiento y de confianza. En su hermoso libro militar *Recuerdos de la guerra de Crimea*, el general Fay, antiguo ayudante de campo del mariscal Bosquet, ha dicho: «La ausencia del enemigo al efectuarse el desembarco nos aseguraba el éxito para la primera batalla, y nadie dudó ya de ello desde la noche del 14. Durante la travesía habíamos sabido por una proclama del emperador la noticia de la toma de Bomarsund, de la que se había apoderado el general Baraguey-d'Hilliers, jefe de la expedición del Báltico, haciendo dos mil prisioneros, y esta primera victoria nos había parecido de buen agüero.»

El mariscal de Saint-Arnaud tenía razón cuando escribió al ministro de la Guerra: «Nuestra situación es buena.... La travesía y el desembarco eran dos de las eventualidades más temibles que presentaba nuestra empresa, sin precedente casi respecto á las distancias, á la razón y á las incertidumbres sin número que ofrecía. Juzgo que el enemigo que deja acumularse á pocas leguas de sí semejante tempestad sin hacer nada para disiparla en su principio, se pone en una situación muy enojosa.»

Hasta el último instante los rusos no habían querido creer en una empresa tan temeraria como lo era un desembarco en Crimea á mediados de septiembre. La estación les parecía demasiado avanzada para que los aliados tuviesen la idea de hacer semejante tentativa y aventurarse en un país donde los rigores del clima y la falta de recursos harían tan difícil su existencia. El príncipe Menchikoff, general en jefe del ejército ruso, juzgó que llegaría demasiado tarde para oponerse á un desembarco, sin contar que ignoraba en qué punto se efectuaría. En su consecuencia resolvió no impedir á los invasores que tomaran tierra, sino avanzar hacia Sebastopol para cerrarles el paso, y en las alturas que dominan el río. Alma fué donde, con cuarenta mil hombres y noventa y seis piezas de artillería, esperó al enemigo.

El 19 de septiembre, á las siete de la mañana, los aliados, comenzando su primera etapa en dirección á Sebastopol, se ponen alegremente en marcha y con un tiempo magnífico flanquean la costa y avanzan hacia el Sud. Los buques de las dos naciones, que navegan á la misma altura, tocando casi la orilla, presentan el espectáculo extraordinario de dos ejércitos y dos escuadras que van al combate en un mismo frente. A las tres de la tarde llegan cerca del Boulgarak, barranco que corre de Este á Oeste, desaguando en el mar como el Alma. Ya se trataba de acampar en el camino, cuando los tiradores señalan la presencia del ejército ruso en las alturas que dominan el río y algunos movimientos de tropas en la orilla derecha. Entonces los aliados van á establecerse en dos líneas, á dos leguas frente al enemigo; en las avanzadas se cruzan algunos cañonazos; pero es demasiado tarde para comenzar el ataque, y al día siguiente, 20 de septiembre, se librará la batalla de Alma.

XXV

LA BATALLA DE ALMA

El plan de batalla es el siguiente: flanquear las dos alas del ejército ruso y aniquilarle después por un ataque de frente, á cuyo efecto se acuerda lo siguiente:

1.º En la extrema derecha, la segunda división, mandada por el general Bosquet, marchará la primera, atravesará el Alma cerca de su desembocadura, y elevándose á lo largo de las rampas, caerá después sobre la izquierda de los rusos para cercarla y rechazar al enemigo hacia el centro.

2.º Después del movimiento de la división Bosquet, la primera y tercera divisiones, mandada una de ellas por el general Canrobert y la otra por el príncipe Napoleón, franquearán el Alma apoyadas por una parte del ejército inglés, escalarán las alturas entre Almatamak y Burliuk y darán el ataque principal.

3.º En la izquierda de la línea francesa el resto del ejército tratará de flanquear la derecha de los rusos.

4.º La cuarta división, bajo las órdenes del general Forey, quedará de reserva.

La víspera de la batalla, el mariscal de Saint-Arnaud ha reunido á los generales para darles sus últimas instrucciones. «Cuento con vos, Bosquet, ha dicho al jefe de la segunda división. — Sí, señor mariscal, contesta aquél; debo atraer hacia mí una parte del centro enemigo; pero no olvidéis que no podré soportar el peso más de dos horas.»

20 de septiembre. A las seis de la mañana la división Bosquet emprende la marcha, componiéndose de dos brigadas, una á las órdenes del general d'Aute-marre, y la otra á las del general Bonat. Ha partido de las orillas del Boulgarak, y ya no está más que á dos kilómetros del Alma, cuando un ayudante de campo del mariscal trae la orden de hacer alto, porque el ejército inglés no está dispuesto aún.

A las once y media la división Bosquet prosigue la marcha; en toda la línea resuenan tambores, clarines y músicas.

La batalla se trabará muy pronto: los rusos, situados en las alturas, tendrán cuarenta y tres mil doscientos hombres que oponer á los cincuenta y seis mil de los aliados. El río Alma, que éstos últimos deben atravesar, tiene una corriente sinuosa, muy encajonada, y los vados son difíciles y escasos. Los rusos han en-